

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

HOGUERAS DE ODIO

Ha sido vencido Abd-el-Krim. Después de guerrear intrépidamente durante seis años y más, finalmente ha sido derrotado. Defendía su suelo. El y su pueblo eran los agredidos; y si pudieron resistir tanto, fué por estar convencidos de la justicia de su causa y de su derecho. Los invasores, al hacer bien la cuenta de lo que costó en sangre y en dinero esos áridos y ardidos peñascales deberían proclamar bien alto la valentía de los moros montañeses y del caudillo que los condujo numerosas veces al ataque y a victorias parciales. Ante esos salvajes, que no podrán tener otra virtud que su valor personal, el desprendimiento suicida de sus existencias, deberían doblar la rodilla en tierra quienes rinden pleitesía al coraje animal, y respetarlos, tanto o más, como a aquellos militares que los vencieron. ¿Cuál es la suprema calidad, el ideal de estos profesionales de la matanza, la que más ensalzan, sino el coraje físico, la del arrojo ciego ante la muerte? En este sentido, coraje a coraje, los moros son los vencedores.

Los gobiernos francés y español y sus pueblos, se entregan a demostraciones de exuberante orgullo. No les asiste derecho ni razón. Si la educación civil, de ideas y sentimientos cristianos y caballerescos, de la cual hacen un galardón y una trampa, fuese un hecho vivo, la victoria sobre un pueblo casi indefenso e infantil debía causarles vergüenza. ¿Y cómo y de qué manera han vencido estos mariscales de Francia y estos brutos y borrachos generalotes de España! En hombres, en una proporción de mil a uno; en armamento, de un millón a un milésimo. Toda la ciencia de matar, que progresara durante un siglo, fué arrojada contra los moros como una gigantesca catapulta. Tanques, aeroplanos, artillería de costa y de montaña, en fin, todo el arsenal que los hombres fabrican para su propia destrucción. Y todavía no les fué fácil. Tomaron precauciones tan exageradas contra Abd-el-Krim y sus tribus que ahora, disipado el peligro, se percatan del ridículo en que incurrieron. Petain y otro generalote han sido citados en la orden del día del ejército francés por ese glorioso hecho de armas. El Primo español ya ha distribuido un lote de ferretería al valor militar. ¡Brava gente esta que inculca la civilización a cañonazos! Y por esos hechos cobardes, viles y bellacos, casi se les proclama poco menos que salvadores de la patria.

Estas antinomias entre la realidad y la apariencia exhibida en público, contrarios sentidos monstruosos que repugnan a cualquier conciencia recta y sana, se purgan siempre, aunque sea a largo plazo. No se miente, no se roba ni comete crímenes impunemente. Y tal vez más los colectivos que los individuales. Y esta civilización greco-latina está pereciendo poco a poco por exceso de mentir, robar y matar. No existe época remota, pasada o presente que no se parezca en sus rasgos principales. Mas cuando se relajan los frenos morales y empieza la caducidad, simultáneamente se produce la exasperación del apetito rapaz, del egocentrismo; y ese mórbido y antinatural egocentrismo, para satisfacerse le sigue la velocidad centripeta de la mentira, del robo, del crimen. Es un círculo vicioso que tiende a anularse a sí mismo.

¿Y no ha sido acaso ese el fin de todas las civilizaciones?

Tomemos un hombre y tendremos en miniatura la imagen de la sociedad constituida. Como él, es un organismo viviente y, por ende, su proceso es idéntico: infancia, adolescencia, juventud, virilidad, vejez, decrepitud. La evolución de estas etapas sucesivas en la criatura humana, podrá florecer según su vitalidad sana o

viciada, y acelerarse las últimas, si desfiltra sus energías en excesos de toda suerte. Lo físico siempre va unido a lo moral; uno es consecuencia de lo otro. Las sociedades y las civilizaciones no podían escaparse a esta ley inflexible de la naturaleza. Nacen, viven y sucumben.

Discúlpese estas consideraciones simplistas, en gracia a la mayor claridad.

vicia, las religiones y filosofía de otras culturas. Está tan cerrada a cal y canto frente a lo que rebasa sus fronteras naturales e ideales como estaba hace casi tres mil años el mundo griego, que reducida la periferia del planeta y de los países civilizados a los dinteles de sus propios límites. Pese ello a los actuales medios de comunicación terrestre

La vuelta de los conquistadores franco-españoles



Chin-¡pum!.. ¡pum! ¡chin!.. bra... lá la ra là!..

Y bien, la civilización greco-latina está pereciendo por exceso de mentir, de robar y matar. Se ha creado su propia balanza de precisión para pesar las razas inferiores. Una vez calificadas de tales, las toma bajo su "protección", evangelizándolas a tiros y a palos. Este afán de evangelización subirá de punto si poseen minas de hierro o de petróleo. Ha tiempo que Europa fabricó un metro antojadizo, con el cual pretendió y pretende medir las costumbres, las normas de

y extra-terrestre. Moralmente, el mundo occidental está emparedándose. Invade el suelo extraño para devastarlo e imponer sus vicios, sus sistemas de explotación y de embrutecimiento. Esclaviza los pueblos, llamados caprichosamente inferiores, — dictado que se ajusta a sus conveniencias, — para sustentar el lujo, la corrupción crecientes de sus clases dominantes en las metrópolis. Sonó, ya hace rato, para las civilizaciones burguesas,

la hora de la carrera hacia su desmembramiento, hacia la propia dilaceración.

La circunstancia de haberse terminado provisionalmente esa guerra de Marruecos, odiosa, injusta y felonía como todas, ni la rendición de Abd-el-Krim, no daría aparentemente pie para tan arriesgados y tremebundos vaticinios. Sin embargo, es un sí-toma más que se agrega virtualmente a todos los otros producidos por el imperialismo depredador. Son las hogueras del odio, de la rebelión que se van propalando en Siria, donde Francia hizo pasear por las calles de Damasco las cabezas de sus habitantes rebeldes; como también Gran Bretaña lo hiciera en Egipto al ahorcar algunos rebeldes; en China colocando en jaulas las testas decapitadas a los estudiantes, en India y en todas partes, donde la civilización de los descivilizados extiende sus tentáculos de pólipo absorbedor.

La guerra del Rif no ha terminado con la involuntaria defección de su caudillo. Más profundas son las causas que la generaron. Habrá un apaciguamiento pasajero. Pero mientras dure esa tregua, los risibles vencedores, con sus ansias de desquite y de vengar en los nativos pasadas represalias, harán que nuevos levantamientos se produzcan. Además, imperios como Inglaterra, naciones coloniales como Francia, endeudadas, y esta última bajo la amenaza constante de una bancarota financiera, necesitan que los gravámenes de las colonias rindan el máximo para satisfacer apremiantes vencimientos. Es el círculo vicioso de que habláramos antes, que llegó a la más grande intensidad, creado ficticiamente por todos los desenfrenos desde los armamentos de guerra y marina hasta lo fastuoso de millones de existencias parasitarias.

En los momentos actuales, los gobiernos francés y español tienen en su programa de festejos un número de singular y extraordinaria atracción para sus respectivas plebes: la rendición, desde tantos años soñada, al fin acontecida, de Abd-el-Krim. Será un acontecimiento que podrá prolongarse bastante tiempo. Aunque precaria e ilusoriamente, podrá desempeñar el rol de pan y circo de los antiguos tiempos romanos: desviar la atención del público de la miseria que lo carcome.

Nunca le perdonarán los españoles, es decir, sus castas gobernantes, y en especial su camarilla militar, al mullah, quien pudo tener en jaque a un ejército aprovisionado y aguerrido con un puñado de cabilas apenas armadas; pero más valientes que esos soldadotes de academia y de profesión.

Tampoco las damas españolas impetrarán gracia para que se trate gentilmente al moro prisionero. No olvidan que una de ellas recibió una dura lección de democracia cristiana de sus labios. Se le había ofrecido una fuerte suma como rescate para obtener la libertad de un hijo de una de esas damas aristócratas. En la gestión se hizo intervenir a príncipes y princesas. Abd-el-Krim se negó, contestándole que su hijo no tenía más prerrogativas que cualquier soldado del pueblo, y que si su devoción y su cristianismo no le servían para pensar en otras madres más pobres que ella, quienes necesitaban ser sustentadas por sus hijos, no sabía para qué podía servir su religión.

No llegaremos a decir que el caudillo moro es un héroe, mas si hubiese de haber uno, no serían por cierto los generales vencedores, franceses y españoles.

Y en tanto las hogueras del odio que esta civilización greco-latina va diseminando por los envejecidos flancos del mundo, son los avisos siniestros y faustos de un próximo crepúsculo.

LUIS FABBRI

El problema de la delincuencia en la anarquía

Una de las mayores preocupaciones de los que discuten los ideales del anarquismo lo constituye el problema de la delincuencia. ¿Cómo impedir o reprimir el delito en una sociedad en que no existan gobiernos, leyes represivas y preventivas, policía?

Pero los que así se preocupan de las consecuencias sociales de un ordenamiento político anárquico, casi siempre olvidan el substrato socialista del anarquismo; es decir, olvidan que el régimen de igualdad auspiciado por el socialismo dará la posibilidad material de la máxima libertad, será la garantía mejor del orden en régimen anárquico, del mismo modo que la libertad anárquica será una garantía de la igualdad socialista.

Nosotros no somos profetas, y no podemos prever cómo marcharán todas las cosas en una sociedad con base libertaria; pero, entretanto, no es difícil deducir de la misma observación de los hechos sociales, y sobre las indicaciones de la ciencia y la experiencia histórica pasada, que con la instauración de un ordenamiento, en el cual, con la eliminación del monopolio de la propiedad, hayan sido suprimidas las causas económicas del delito, muchos delitos, es decir los efectos de aquellas causas, serán eliminados también. Si la propiedad privada, como decía Elsero, es la fuente generadora de todos los delitos, éstos no se cometerán cuando ya no exista lo que los genera.

Cuando todos puedan satisfacer sus necesidades, es obvio que nadie será llevado por la necesidad a ofender la libertad, el interés y la existencia ajena. Cuando nadie tenga el derecho a los medios materiales para oprimir a sus semejantes, todos se encontrarán, sino en la imposibilidad, por lo menos en la inutilidad de cometer violencias. Cuando la educación esté extendida a todos, y ya no se dé una, falseada por intereses y prejuicios, serán eliminados la mayor parte de los delitos que tienen su origen en la ineducación y en la ignorancia humana.

Es preciso siempre tener presente, cuando se discute de anarquía, que el objetivo que se proponen los anarquistas, en la propaganda, en el movimiento y en la acción, no es solamente alcanzar un mayor bienestar material para todos los hombres, sino también hacerlos moralmente mejores y sobre todo eliminar las ocasiones y los incentivos a hacer el mal: esto es, crear un ambiente en el que cada uno tenga interés en ayudar y no en hacer mal a sus semejantes.

Pero las pasiones, se objeta, existirán siempre, y lograrán envenenar y envenenar a los hombres, a menos que no se pretenda que los hombres se vuelvan ángeles.

No es de excluir que un régimen anarquista acabará por hacer a los hombres mejores de lo que ahora son, no por un efecto milagroso de la propaganda, sino por una influencia benéfica del ambiente y por la eliminación de las causas materiales, económicas y sociales del mal. Pero ni aun entonces serán ángeles los hombres! Que si ello fuese posible, con cualquier régimen, aun de un absolutismo el más autoritario, las cosas marcharían viento en popa y todos se hallarían bien lo mismo. Pero porque los hombres no son ángeles ni pueden volverse tales, y cada uno tiene fúndio y pasiones no uniformes a los otros, precisamente en ello reside la mayor razón de ser del anarquismo.

El cual tiende a instaurar un estado de cosas en que la libertad más amplia permita el libre juego de las pasiones y las deje desarrollarse y satisfacerse normalmente, de modo que las pasiones de unos no choquen o choquen lo menos posible con las pasiones de otros; de modo que la coerción de los prejuicios o de los privilegios políticos y económicos no les sean un obstáculo, y no las impulsen así, con la violencia y la compresión, a una violencia mayor y a desviaciones y degeneraciones perniciosas para el individuo y para la colectividad.

Hay que persuadirse, en efecto, que las llamadas "malas pasiones" de los hombres, no son otra cosa, la mayoría de las veces, que una degeneración o una desviación de las pasiones más sanas, de pasiones que pueden ser y son casi siempre buenas en su origen, pero que se vuelven nocivas cuando un ambiente falso, corrompido y prepotente las constriñe de mil modos a desviarse del recto camino.

Si se examinan en su esencia y en sus determinantes la mayor parte de los delitos pasionales, — excluyendo, naturalmente, aquellos, y son la mayoría, que, bajo la apariencia de la pasión esconden un motivo económico, y entran entonces en el número de los delitos eliminables con la eliminación del privilegio de la propiedad, — se encuentra que la mayor parte de esos delitos han sido provocados directa o indirectamente por una violencia hecha a la naturaleza, por una obstáculo interpuesto al libre juego de las pasiones humanas.

¿Se dirá entonces que en la anarquía no se cometerán ya delitos de ninguna clase? No hay que ser tan utopistas y simplistas, tan absolutos.

Si es cierto que en una sociedad igualitaria y libertaria no se cometerán ya la inmensa mayoría de los delitos que caracterizan a la sociedad burguesa, debidos a causas económicas y sociales eliminables, se cometerán otros (desde que la perfección quizá es deseable, pero no es posible, por cierto) debidos a resabios de las degeneraciones pasadas, o determinados por razones fisiológicas y naturales. Y existirán también aquellos a que hoy no se da importancia, pero que serán considerados delitos en relación al ambiente más evolucionado y a la moral nueva que se habrá ido formando.

Hay razones para esperar que esos delitos no tendrán el mismo carácter de violencia de los actuales; pero no serán por eso menos dolorosos, en relación a la mayor sensibilidad que se habrá desarrollado. Así como ciertos dolores de los niños, que los adultos consideramos risibles, son, en relación con la psicología del niño, dolores agudos y desgarradores. ¿Cómo evitar entonces, y cómo reprimir ciertos delitos? Aun entonces la sociedad tendrá derecho a defenderse de los delincuentes; ¿cómo se defenderá?

Recordamos, ante todo, que la sociedad no es un ente o personalidad específica, que obra por sí e independientemente de los individuos que la componen. Ella no es, y especialmente no será en la anarquía, más que el conjunto de los individuos; quienes, de acuerdo, habrán establecido y libremente ejecutado su pacto mutuo de asociación. La sociedad se defenderá, pues, o mejor los individuos que la compongan estará de acuerdo en defenderse, dando y dejando a todos y a cada uno los medios de defensa, e impidiendo que de estos medios surja un privilegio o monopolio cualquiera. Serán los individuos quienes, solos o asociados, impedirán que otros les hagan daño.

Cuando el ofensor de los derechos ajenos, vale decir el delincuente, se vuelve un peligro, no solamente ocasional y que se puede conjurar a veces, sino permanente, y la resistencia de uno solo no valga para eliminarlo, especialmente si el delincuente se asocia a otros como él, entonces la defensa no sólo es necesaria, es también un deber.

Nosotros, para no caer en lo imaginario y lo utópico, no podemos prever cómo será organizada la defensa. Sólo podemos hacer hipótesis; pero, cualquier hipótesis que se prefiera, esto es cierto: que la sociedad anarquista se defenderá sin órganos a propósito y especiales, profesionales, de represión y de ataque, y si directamente con el concurso de todos los interesados aptos y necesarios, unidos para la defensa.

Y esta defensa, para no degenerar a su vez en opresión, deberá estar lo más posible animada de sentimientos humanos y sociales, no ser guiada por senti-

mientos de venganza, por el deseo de devolver mal por mal. El único intento a alcanzar es el de impedir el mal, no el de agregar un mal a otro.

El delincuente será considerado — y esto tiene valor también y especialmente para la objeción sobre la delincuencia debida a taras orgánicas o a causas naturales, — como un enfermo del cual es necesario guardarse y que hay que ponerlo en la imposibilidad de hacer daño, como se le impediría a un hidrófobo morder; pero que se debe también curar, porque posiblemente curará, sin tergiversar y hacerlo sufrir al mismo tiempo más de lo humanamente inevitable.

Hay insignes criminalistas y penalistas que, aun no siendo anarquistas ni socialistas, sostienen que la delincuencia es una verdadera enfermedad, que necesita hospitales y no cárceles, enfermeros afectuosos y no carceleros crueles, médicos y no jueces, más atención y no peor trato que a los demás. No queremos llevar tales conclusiones a los extremos de la exageración; pues un grado de responsabilidad puede siempre existir, aun en el delincuente, y por tanto es necesario también apoyarse en el sentido de esa responsabilidad para mejorarlo. No habría ciertamente necesidad de caer en el exceso de crear, con el pretexto de la cura, una especie de privilegio de tratamiento para los anormales de la delincuencia.

Pero la moral anarquista deberá, de todos modos, tener en cuenta todos los consejos de la ciencia sobre este penoso asunto, dejándose conducir por la norma humana de impedir el mal haciendo el bien, o por lo menos causando el menor dolor posible.

Sólo siguiendo esa norma se llegará a eliminar radicalmente las causas materiales y sociales de la delincuencia. El hábito de la vida igualitaria y libertaria purificará las costumbres y embobecerá las pasiones. Teniendo como mira, por y para la defensa de la sociedad, la curación y no la pena del delincuente, se alcanzará mejor que con otros medios el fin de reducir el número de delincuentes a los mínimos términos. Educando, en fin, en el seno de la sociedad de los libres e iguales las generaciones futuras según los sistemas más racionales, en el culto y en la práctica de la solidaridad y del amor, como en la repugnancia por toda injusticia y violencia, esa educación reducirá los delitos a una cantidad mínima o a formas siempre menos dolorosas, en cuanto esto sea consentido por la imperfección de la naturaleza humana.

Lo cierto es que ningún otro sistema de vida y de organización social de cualquier modo perfeccionado de autoritarismo podría garantizar, en este terreno, resultados mejores que un régimen con bases sociales anarquistas. Y esto es lo que importa.

Los anarquistas quieren mejorar la sociedad mejorando en sentido libertario e igualitario las condiciones. Pero no se pretenda de ellos, para tener el pretexto polémico de hacerlos pasar por utopistas, la promesa de un nuevo paraíso terrenal. Más modestos, se limitan a sostener que la anarquía, a pesar de todos los defectos y todas las imperfecciones que seguramente no le faltarán, asegurará un estado de cosas mejor que el actual y mejor que cualquier otro que pueda ser prometido por los varios partidos políticos autoritarios.



ANGEL SAMBLANCAT

Con el corazón extasiado

Con este título acaba de publicar la Editorial Bauzá, de Barcelona, un libro de Angel Samblancat, del que creemos interesante reproducir el siguiente prólogo:

Animados por el lisonjero éxito de "Jesús atado a la columna", vuelven el autor y el editor de este libro a poner con él a prueba la simpatía, la bondad y la clemencia infinita del público.

Una vez se ha delinquido, el reincidir es inevitable. Capturado el espíritu por la emoción del riesgo, de la aventura, no se liberta de su seducción.

Quiere a toda costa volver a las andadas, reiterar con pertinaz contumacia la fechoría, desafiar la cólera de los hombres, provocar, tentar a Dios.

El primer desliz, el primer mal paso es el que hay que mirar de no dar; que, luego, una vez abiertas las válvulas, una vez dado el vapor a la máquina y puesto el convoy en la pendiente, ¡cualquiera para el trece, cualquiera refrena el potro desbocado!

Estoy por decir que una vez se pecó, es más dulce que el pecado en sí mismo, el pensamiento de volver a pecar, de repetir la villanía, la bellaquería.

Pecar, como todo, hay que hacerlo con decisión.

Es preciso hacerlo con arrojo, con testarudez, con ánimo de llegar a ser un artista, un canalla o un volatiero genial, con propósito de elevar la pasión a vicio y enfangarse en él hasta el cuello.

En nada, y en esto menos, está permitida la mediocridad.

Aunque justificaciones huelgan, he de alegar en mi descargo, algunas razones.

Si me estoy descarrillando, si mis audacias se hacen un tanto desmedidas, a vosotros os corresponde vuestro tanto de culpa.

No me hubierais dado alas y no hubiera yo echado a volar.

No hubierais aplaudido mi "Jesús" y no tendríais el disgusto de verme de nuevo en el trípode; ahora no experimentaríais el dolor, no tendríais el pavorimiento del mal causado con vuestra imprudente generosidad.

El perdón de mis yerros presentes, por tanto, se impone.

Los de hoy son hijos de los de ayer. Y si cora aquellos mostrásteis benevolencia e indulgencia, no hay que escatimarlas ahora.

Perdonándose a mí, os perdonáis a vosotros mismos, echáis un velo sobre vuestras propias flaquezas, sobre vuestra debilidad, de la que yo soy un brote legítimo.

Luego ¡los extravíos de amor son tan dignos de lástima! Yo quisiera ser cura para ir por la calle echando bendiciones a los enmorados, absolviendo samaritanas y magdalenas, abriendo el paraíso a todos los enfermos del corazón.

Escribir es pecado de amor, y por eso el autor de tamaño delito merece todas las atenuantes, está totalmente exento de responsabilidad criminal.

El pensamiento tiene sexo, ha de tenerlo. La pluma ha de ser una reja de arado, un útil de sembrador, el vehículo de las emisiones, de las efusiones del espíritu, la sagrada cañería por donde descende la sangre destilada del cerebro.

Escribir es parir, es una maternidad, es ser a la vez padre y madre. Escribir no es reotazar, gozar y divertirse. Este mundo ha sido hecho jugando al fútbol, y por eso es tan doloroso. Si un creador se lo hubiera sacado del costado, si fuera un pedazo de sus entrañas, habría en él más armonía, más caridad.

Insistamos, aunque sea aburrido. Recalcuemos lo que íbamos diciendo, que buena falta hace.

Escribir no es manchar la pureza del papel, no es ensuciar cuartillas vírgenes, no es verter tinta o sudarla y enturbiar el agua como un calamar.

Escribir es abrazar al hijo del hombre, dar besos penetrantes y eficaces a las al-

mas, copular con todo lo viviente, con lo animado e inanimado, fecundar el caos, abrir surcos en el muslo, en el vientre de la más dura piedra y colocar, depositar allí un pellizquito de polen. Pocos saben lo dulce que es esto. ¡Santo, sagrado placer de crear, de generar!

Dios es digno de envidia porque es padre, por la innumera caterva de criaturas en que ve su imagen reflejada, porque es el gran obrero del mundo, el compañero Dios, como decía un socialista en un mitin.

El artista es divino, porque ha arrebatado al cielo un ascua, una chispa de esa facultad.

—¿Ya está aquí otra vez este asno?— preguntará algún enemigo mío. Sí, señor. Ya está aquí otra vez.

Y viene con una rosa en el pecho, con una flor en la boca, con la garganta llena de cantos.

El quisiera hacer de las palabras las más bellas piedras preciosas par tirársolas a la cabeza, para coronarlas la frente de resplandor.

Quisiera serviros en su prosa toda la hermosura y toda la melodía del universo.

Quisiera mudar en oro todo lo que tocara, para dároslo.

Quisiera que su boca escupiera perlas y que, al más pequeño golpe de su varita mágica, la roca se trocara en fuente y la inmundicia de la calle, las ensalmadas del arroyo se convirtieran en azucenas y en sortijas.

Yo no me trato con la aristocracia. No he visto nunca un marqués, no sé lo que es un marqués, ignoro qué facha tiene un marqués, y por eso no te encontrarás, lector, aquí con semejante personaje, ni con otros de su calaña.

Yo pinto lo que observo. Traslado a mis lienzos lo que me rodea. Si en estas páginas percibes mal olor, este mal olor, te lo juro, no sube de mi alma. Lo despidió la realidad que nos circunda. No vivimos en un jardín, sino en un sumidero, y de ahí los ingratos efluvios que hieren nuestras narices.

Este libro es un montón de andrajos, una carretada de basura — lo digo yo para ahorrárcelos a los críticos el trabajo del descubierto; — es una tolvanera, un torbellino de humanas piltrafas.

Desfilan por él procesionalmente, en macabra caravana, golfos, borrachos, rameras.

Eso sí.

Golfos con una estrella en la frente. Borrachos, como Cristo, coronados de espigas. Rameras con el corazón saltado, con el corazón fuera del pecho, como la Virgen María. Mujeres, madres, "matres", mártires, con las entrañas deshechas, con las entrañas traspasadas, sangrando, arrastrando, pisándoselas.

No faltará algún mío, que, como de "Jesús atado a la columna", diga de este libro que es un estercolero.

Toda la tierra es un estercolero. Los más soberbios monarcas y emperadores no reinan más que sobre estercoleros. Aquel famoso Carlos de Portugal, cazado por su pueblo a tiros en Terreiro do Paço, tuvo atisbo de esta verdad cuando dijo que su reino era una píojera.

En todo caso, si esta obra mía es un estercolero, es un estercolero fumigado, incendiado, de porquería que yo no produzco y a la que yo he preadido fuego y he trasformado en abono.

El estercolero, en todo caso, ahora reluce como un sol, tiene la cumbre empujada de luz y florece de lirios. Si es un charco, en su fondo parpadean ojos de ángeles; en sus aguas turbias se miran las nubes; su cristal empañado refleja, como un espejo, las torres agudas, los bordados y calados de piedra de las catedrales.

Hubo un santo, que lamía el dolor de los pobres que no podía curar, para aliviarlo; que chupaba las llagas de los leprosos y de los cancerosos.

Con ese heroico fervor anhelamos nosotros fraternizar con nuestros semejantes.

D. A. DE SANTILLAN

Del primero de mayo, de la ostentación y de la etiqueta

Ha pasado otro primero de mayo, una fecha que no se puede ya borrar a voluntad de la historia humana. Hemos vuelto a ver en Alemania el arte socialdemócrata y comunista de poner en movimiento grandes masas, sin el menor incidente, sin el más lejano peligro para la estabilidad del orden, constituido. Millones de obreros se reúnen por la mañana, acuden en demostración a los lugares predeterminados, en filas rigurosamente militares, marcado el paso al son de las bandas de música; en el punto de concentración hacen que oyen algunos discursos y el acto se da por terminado; las columnas se vuelven a separar en el orden más perfecto y, después de alimentado el espíritu con los discursos de los diputados y funcionarios del partido o del sindicato, nutren el cuerpo más o menos demacrado con la pitanza de mediodía. Por la tarde, la rememoración de la tragedia de Chicago consiste en reuniones en los grandes locales de los cafés, restaurantes y cervecerías, donde la orquesta toca la Internacional y la cerveza circula que es un placer para los fabricantes. La juventud proletaria baila, los adultos beben a la buena salud de las ocho horas. Eso es todo el primero de mayo, ¡Oh, terror de la burguesía!

Hemos advertido, sin embargo, una nota nueva este año. Nuestros camaradas han tenido que decidirse a demostrar un poco más al mundo que existen. Los años anteriores, en razón de la repugnancia a las ostentaciones y exhibiciones, nuestro movimiento daba la apariencia de una agrupación de pequeños filósofos. Es una buena cosa abrigar en el espíritu profundas convicciones; pero un movimiento social revolucionario tiene que mostrarse de algún modo como algo compacto, distinto del resto, exhibirse para darse a conocer y llamar la atención del público indiferente. Impulsados por la juventud, nuestros camaradas se han decidido este año a obrar un poco más demostrativamente. Se compararon magníficas banderas negras y estandartes que dieron una nota singular de extrañeza este primero de mayo; se recorrieron las calles de Berlín al son de bandas de música, enarbolando las banderas negras, metiendo un poco de ruido, acompañados por sendos camiones de fuerzas policíacas perfectamente armadas. En otras localidades de menor importancia, la demostración se hizo en camiones y autos con grandes letreros alusivos a la organización y a la anarquía, con las banderas negras en alto como símbolo distintivo. Ha costado mucho vencer la repugnancia de un gran número de camaradas a consentir seme-

...

Se podría escribir todo un libro sobre la defensa de la etiqueta anarquista en nuestras organizaciones obreras, y la lucha de los adversarios del propio campo contra el rótulo. Fué en la Argentina donde se han librado las más reñidas batallas en torno a la etiqueta. Tienen razón los que dicen que las convicciones se llevan en el corazón y en el cerebro, pero más razón tienen los que dudan de esas convicciones si no existe el valor para proclamarlas altamente y defenderlas contra la indiferencia o el odio de sus enemigos. Las palabras en sí no tienen ningún valor, pero lo tienen, y muy grande, como representación y símbolo de realidades. La anarquía, el movimiento anarquista, es una realidad perfectamente definida en los libros y en la vida; el que teme la palabra, el que la rehuye, revela poca comprensión y seguridad en las ideas que esa palabra representa. No se puede ser anarquista convencido si falta el atrevimiento para ser anarquista por fuera y por dentro. La anarquía es la insurrección permanente contra el mundo de la explotación, del privilegio y de la tiranía. El anarquista que abandona o rehuye la palabra, es un soldado que deserta de las filas, y mientras sus compañeros libran la batalla al enemigo se esconde en casa vestido de civil para que no se le reconozca. Ser anarquista no es un crimen, ser anarquista no es una deshonra, no es una mancha que debamos cubrir avergonzados; es lo contrario, un timbre de orgullo, un sello de grandeza moral, de espíritu solidario, de aspiración justiciera. Por eso consideramos lógico, necesario, ineludible, que nuestro movimiento proclame sus convicciones, que nuestros camaradas tengan la valentía de defenderlas cara a cara contra el mundo entero. Es preciso que la gente nos señale con el dedo y diga: esa organización es anarquista, ese hombre o esa mujer son anarquistas! Lo contrario es un cómodo mimetismo que prepara la revolución para el día del juicio final.

Hace muchos años que el anarquismo no obra ostentativamente, que tiene miedo a exhibir sus propias ideas, a mostrarse como fuerza social característica. Son pocos los grupos que defienden encañonadamente, más contra los propios anarquistas que contra la burguesía mis-

...

Aspira con su verbo candente a purificar por la emoción. Es una extensión de la sensibilidad y de la misericordia hasta lo más bajo, hasta lo más caído, hasta lo más derrotado y chafalado.

Es o quiere ser la hostia, la comunión de todos los excomulgados de la vida, un trozo de la danza macabra, del desenfadado y desesperado galope de la humanidad miserable.

¡Adelante, señores! La puerta está franca. Pasad.

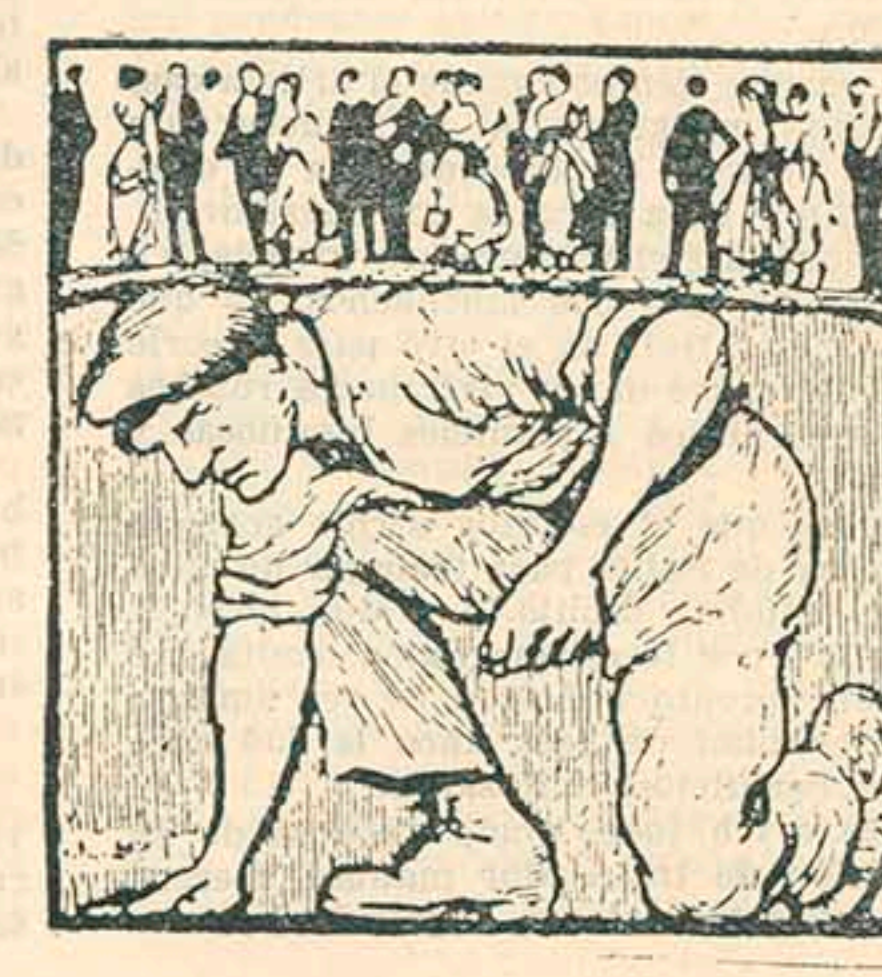
ma, la lógica de la etiqueta, la consecuencia del rótulo. No debiera ocurrir eso; el anarquismo no debe renegar de su bandera, que continúa representando el ideal inextinguible de la libertad y del bienestar para todos. ¿Y no es ya una forma de renegar el eludir la palabra y el esforzarse porque la gente no se entere de lo que somos y de lo que queremos? ¿No es ya una forma de renegar del anarquismo el esforzarnos por dorar la píldora, es decir, por presentar nuestras ideas como una trampa en que caerán los incautos que no se den cuenta que lo que les decimos equivale a las doctrinas de la anarquía? Existe, es verdad, una cierta leyenda marxista-burguesa contra el anarquismo; pero, según nuestra opinión, el peor medio de contrarrestarla es su acatamiento por nosotros mismos.

Esperemos que algún día se reanimará nuestra propaganda internacional, que volveremos a entrar en un periodo proselitista, que reiniciaremos la acción propagandista sobre las grandes masas obreras; entonces advertiremos más que hoy la necesidad de la etiqueta, del rótulo, de la bandera simbólica, de la exhibición, de la ostentación. Muy necesarias son las convicciones en el fondo de la conciencia, pero si son pasivas, si no se expresan en nuestra vida, en nuestros actos, en nuestras iniciativas, el mundo continuará ignorando que existe un ideal de libertad y de bienestar para todos, que se llama anarquía, y que ese ideal podría resolver fácilmente todos los problemas de la vida social y política contemporánea si tuviese la fuerza junto a la razón y a la justicia.

Un filósofo de la anarquía, si lo desea, puede muy bien atender únicamente a su vida interior, sin importarle lo que pasa en el mundo real; pero un combatiente de la anarquía debe ser anarquista por dentro, ante su conciencia, y por fuera, ante la sociedad en que actúa.

Por desgracia, la humanidad entera no es anarquista; tenemos ante nosotros una inmensa labor de propaganda; pero esa propaganda hay que llevarla a cabo con todos los buenos recursos, y un buen recurso es el simple movimiento externo, la ostentación y la exhibición de nuestra bandera, la proclamación de nuestras convicciones; hay una gran masa humana que, sin afición ni inclinación al tiempo para la reflexión y el estudio, se adherirá a aquellas tendencias que hayan afectado exteriormente sus sentidos y su imaginación. Un buen medio es crear bibliotecas, pero si esperamos que las bibliotecas se llenen automática y espontáneamente de lectores curiosos por investigar la verdad, podemos esperar: sentados. La fórmula mahometana: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña, nos parece contener una profunda comprensión de la alianza de la fe y la voluntad. Si el pueblo no viene a nosotros, vayamos nosotros al pueblo; pero ir al pueblo no quiere decir vestirse de blusa, como han hecho algunos politécnicos cuando se trataba de cazar incautos; ir al pueblo no quiere decir compartir su pasividad y vivir una vida de reflejo, sino acudir a él con el nervio de una idea despertadora y la voluntad en tensión. Hay que ir al pueblo a despertarlo, a sacudirlo, a impedir que elija caminos tortuosos, no a cantarle canciones líricas para que duerma más profundamente ni a dormirnos con él.

Mayo 3, 1926.



Un escultor yugo-eslavo: Tomás Rosandic



TOMAS ROSANDIC — "Retrato de la mujer del artista"

Es innegable que el generalizado concepto de la escultura y la arquitectura, estructurada a base de volúmenes y planos geométricos, influyó de tal manera en un determinado núcleo de público, que le incitó espontáneamente la indiferencia y el desconocimiento hacia escultores casi geniales o de un rotundo talento plástico. Nos referimos en primer término a Rodin, un poco ensombrecida su inmarcitable gloria por la horda y la avalancha de los adoradores de los idólos negros y del arte africano. Nos explicamos esta reacción en dirección a los *sauvages* para descivilizarse un tanto, pero no aceptamos la negación absoluta e inmotivada. No se piensa que hay muertos, artísticamente, con la capacidad de resucitar a largo plazo. Estos ejemplos menudean hoy, en la época de las rehabilitaciones póstumas. Y uno de estos enterrados prematuramente es el autor del "Beso", cuyo calco se halla en nuestro Museo Nacional. Y que tendrá varias resurrecciones, no nos cabe ninguna duda. De su obra inmensa permanecerá en pie lo que en ella es esencialmente puro.

En segundo término, no se le está olvidando, ni se le muestra indiferencia, sino desdén, y olímpico, es a Mestrovich el estatuario serbio. Y nadie pone niéncias a que fué uno de los primeros en imponer e insuflar el orden y el sentido arquitectural a la escultura de entonces. El mismo Rodin aprovechó la lección. Y los mismos que en estos tiempos tienden a realizar con la estatuaría un impresionismo de planos y volúmenes toscamente tallados, no hubiesen existido o no habrían llegado a tales conclusiones plásticas sin este su precursor. No negaremos el decorativismo un poco grandilocuente de Ivan Mestrovich. Pero qué importa eso si su rotundo talento plástico ha fructificado obras de un valor casi imperecedero, con esas series de torsos de las viudas? Una bárbara ley prohibía a toda mujer serbia que al enviudar volviese a tomar marido. Mestrovich no hizo literatura ni se empanaron en sentimentalismos mórbidos a lo Bistolfi y compañía, sino que puso toda la furia del macho, del esposo, del hermano y del padre indignado y compadecido. Y esas esculturas son del más puro sabor plástico, si las hay, y también impregnadas de una intensa humanidad. Lo ético y lo estético, según Pitágoras, en dosis casi absolutamente iguales.

Por hoy, no teniendo documentos gráficos a mano, no hemos de referirnos a su personalidad artística. Es un discípulo suyo e íntimo amigo, el que caberá en esta crónica.



TOMAS ROSANDIC — "Autorretrato" (Aguafuerte)

Es yugoeslavo y se llama Tomás Rosandic. Nació en Spalato, sobre Mosor, en 1878. No fué por cierto un precoz, porque solamente pudo manifestarse en su segunda juventud. Sus primeros años transcurrieron ayudando y aprendiendo el oficio de tallador de piedras con su padre. Las toscas herramientas le guiaron en su naciente instinto artístico en el rudo batallar con la piedra. Buena escuela para aprender a dominar la materia, el oficio y la vida! Su modestia de humilde artesano le hizo pasar su primera juventud tallando durante todo el día y de noche frecuentando un curso nocturno de dibujo.

Es por ese tiempo cuando el artista casi se había resignado a permanecer un obrero durante el curso de toda su existencia, que se encuentra con Mestrovich. Se ignora la fecha de ese providencial encuentro de esos dos muchachos, en que uno debía influir en el otro para hacerle torcer el cauce de su vivir hacia rumbos más armoniosos y planicies luminosas y libres.

Parece que el escultor serbio acababa de llegar de Split para trabajar de albañil y estudiar dibujo. Los dos jóvenes, alentados por la misma llama oculta que les roía, pronto hubieron de ser amigos. La intimidad de esos años le fué altamente beneficiosa a Rosandic.

Mestrovich luego pudo apurarse de su condición de trabajador manual, merced a su poderoso talento, logrando la noto-

riedad mucho antes que su discípulo y amigo. Este, buscándose a sí mismo, ya orientado en otro sentido de más vastas miras, inclinóse por el estudio de la ornamentación monumental; copió estatuas para penetrarlas en su esencia; se instruyó con lecturas sobre arte antiguo y moderno, y dedicóse severamente a estudiar el cuerpo humano animado y anatómicamente. Pocos años le bastaron para realizar progresos extraordinarios. En el deseo de visitar y extraer en el extranjero las obras maestras, y de una más intensa necesidad de perfeccionarse, se trasladó a Roma. Allí, durante unos meses, dibuja, copia fervorosamente las obras de los grandes maestros. No pudiendo encontrar una ocupación que le proporcionara el pan cotidiano se marcha a Florencia. Allí también la permanencia le sirve para formarse un criterio de los escultores que luego debían influir en su arte. No hallando el necesario *panem lucrando*, o sea un menester que le permita vivir no solamente de la pintura y la escultura que contemplaba cada día, parte para Venecia. Al fin da en esa ciudad con una ocupación viable, y se queda dos años soportando duras privaciones. Concurre a clases de modelado, y después trabaja hasta las cuatro de la mañana.

En 1906 presenta por primera vez una estatua en la exposición de Milán. La crítica le fué francamente adversa. Casi sin recursos, un poco extenuado por el esfuerzo anormal, retorna sus pasos y regresa a Split. Trabaja diariamente, casi con furia, para probarse que no es un fracasado. Se encuentra otra vez con Mestrovich en toda su carrera ascensional, de quien sufre la poderosa influencia plástica.

En 1908 envía a la exposición de Medonlicht en Split, en compañía de los escultores Mestrovich, Ratschki, Kisman, Mitovich, Dechkovich; en 1910 en Zagreb, en 1911 en Roma, en 1912 en Belgrado, ya con un conjunto de sus obras en una exposición celebrada de arte yugoeslavo.

En 1917 en Londres, en 1919 en Hamburgo. En todas estas muestras de su labor, resultado de la edad madura, es considerado por la crítica internacional como uno de los fuertes escultores contemporáneos.

Teniendo en cuenta que con Mestrovich casi puede ser tomado por un precursor, el juicio que nos merezca su obra debe ser elogioso. Es probable que el es-

cultor serbio, autor de las "Viudas", tenga sus antecesores y sus padres putativos entre los estatuarios alemanes. Por débil que sea la innovación que realiza un hombre, ésta no nace como un hecho aislado y desprovista de las raíces que la aten a pequeñas innovaciones anteriores.

Rosandic, siguiendo huellas visibles de su amigo, colocando el pie en cada una de todas ellas para afirmar su concepción escultórica, no está exento de méritos y de condiciones singulares. Mas gozante que Mestrovich, existe en él un sentimiento más religioso que panteísta. Por eso no llega a la grandilocuencia de su maestro. Su Cristo a lo Grunewald, de una delgadez espiritualizada y metafísica — y si se nos permite el terminacho — lo emparenta a los imaginistas del medioevo, o sea los talladores populares de imágenes. Todos llevamos en nosotros un Cristo — llámesele H para el caso — es decir, el ensueño de nuestra constante perfección y redención moral y también la de los demás. El de Rosandic, su "Ecce Homo", se podría afirmar que es la alquitarada esencia de un hombre macerado por el sufrimiento y la torjura del absoluto dominio de sus oscuras pasiones. Rebasa el fetichismo para presentarlos sencillamente un apóstol de una bondad que, para predicar, emplea el arma del sacrificio de sí mismo. Su faz demacrada, afinada por el flamear del espíritu que la consume, nos hace pensar en Fermin Salvochea, ese místico de la anarquía.

Mientras Mestrovich es casi siempre épico, hasta cuando dramatiza o decora, Rosandic, sin desviarse de una plástica robusta, resulta más contenido, más interior en sus instantes patéticos, expresando sentimientos y pasiones comunes.

Alguien ha dicho de él: "Ignoramos si algún escritor ha narrado la historia de ese bohemio, pero es innegable que los hombres de su generación eran atacados acerbamente, censurados por su empirismo, o mejor, por su heroísmo, de hacer lo máximo con pocos medios y pequeños, realizando lo imposible para llevar a un alto nivel la educación de nuestro pueblo; de esta manera han colocado los fundamentos que, de una y otra parte, echaron las raíces en la confluencia del socialismo y del nuevo nacionalismo. Y en el movimiento artístico iniciado contra el viejo tradicionalismo, defensor de un falso pudor."

Tomás Rosandic ha puesto sus facultades de artista al servicio de causas nobles y generosas, en un tono reivindicativo. Los héroes de las leyendas populares han sido sus frecuentes modelos. Sus psíquicos, rudimentariamente rebeldes, fueron interpretados con gran vuelo y con medios plásticos nobles, esculpiendo lo esencial, lo más característico del alma yugo-eslava. Era en ellos seres impulsivos de una potencialidad anímica excepcional, que los convertía en mártires y héroes: mártires del pensamiento y de la acción. "La Madre y el Niño", "Un Muchacho" y la colección de bajorelieves en madera — materia que sabe trabajar magistralmente — son obras de un sabor marcadamente popular, animadas por un pesimismo heroico, y como bien dice uno de sus críticos, A. Ouyvitch, "invadidas por un ardor generoso de éxtasis religioso."

Varios retratos, especialmente el del poeta B. L., "La Dalmacia", "Cabeza de hombre joven", "El niño mamando", "La furia", pertenecen a una producción en que priva el realismo. En esa faz dió excelentes pruebas de su talento como modelador que extrae de la realidad estados de alma, con métodos veristas.

La nómina de sus obras ha de ser útil para el lector. Entre sus más bellas estatuas se halla "La Pucelle", "Pubertad", "Juventud", "Columna", obras dispersas en pinacotecas particulares y museos.

Si durante su permanencia y viajes por Italia, joven todavía e inexperto, pudo sufrir las influencias de la escultura italiana con Tronacoste, Fulvio, Corsino y etcétera, todos malos escultores, años después, ya en la plena eclosión de su personalidad hubo de ejercer a su vez un influjo poderoso sobre algunos escultores de Rusia, de Alemania y techeoslovacos.

Se reprochó a él como a otros, por críticos alemanes y franceses, que Rosandic apresuró el advenimiento de las modernísimas escuelas, cubismo y la estilización a *outrance*, o sea a costa de todo, — no se piensa que los afiliados a esas escuelas, niegan tozudamente su paternidad, como niegan a Rodin, Mestrovich y a todos los que fueron sus precursores.

Es justo que sea así, que los hijos nieguen a los padres, pero que los nieguen superándolos.

Tomás Rosandic, en el cenit de su segunda juventud, aun ha de evolucionar, no para vestirse a la moderna y sí para intensificar el carácter de su propia obra. Como José Bernard, de quien en el Suplemento se publicará una semblanza, posee el sabor rústico y ennobecedor del trabajo manual. — At.



TOMAS ROSANDIC — "Juventud" (Fragmento)

La mujer en la India

Según el último censo de la población y de la industria hindú, la cifra de la población femenina de la India, es de 155 millones; de esos 155 millones, 46 millones trabajan para ganarse el pan de cada día (33 millones en la agricultura y 5 millones en los establecimientos industriales). La población total de ese país es de 380 millones de habitantes. La cifra de cinco millones de obreras industriales, parece pequeña en comparación con la cifra total de la población, pero hay que tener en cuenta que la cifra total de los trabajadores industriales masculinos, no asciende más que a 10 millones. Por tanto, la mujer obrera de la India forma un 50 por ciento de la totalidad de la población proletaria ocupada en la industria de ese inmenso país. En Alemania, donde, sobre todo después de la guerra, el trabajo femenino en las fábricas se acrecentó considerablemente, según los datos de 1922, de 14 millones de asalariados sólo 3 millones son mujeres, o sea una tercera parte.

Más notable es aún el hecho de la preferencia de las mujeres para los trabajos pesados; por ejemplo: frente a 235.000 hombres ocupados en la minería y en la industria picapedrera de la India, hay 113 mil mujeres, lo que equivale a un 50 por ciento. En Alemania, en 1907 sólo un 21 por ciento de las personas ocupadas en la minería eran mujeres. Y a esas cifras hay que agregar

INNOVADORES Y MODISTOS

Puesto en fuga en las ciudades del Brasil, Río de Janeiro y San Pablo, el inventor y cortador de los figurines futuristas, Marinetti, se viene hacia nosotros con la rosada esperanza de encontrar un núcleo azas compacto de adictos. Este estentóreo tenor del intelecto posee por aquí, desparrramados, sus lugartenientes que forman en el *corp de garde* de la claque. Honroso será para ellos tenerlo cual un bizarro capitán con quien podrán pavonearse ante los parientes, los amigos y la novia, exhibiéndole por las calles como una fiera de una fauna aun desconocida.

Es una celebridad un poco *demodée*, es decir pasada de moda, pero al fin figura entre los personajes de renombre mundial de sexta o séptima categoría: una celebridad de bailarina, de estrella de *music-hall*. Ofrece al público un programa de números que son verdaderamente proezas clownescas en la cuerda floja del verbo.

También se presenta como el San Bautista del fascismo, del cual se abroga no solamente la paternidad, sino el *abuelato*, vaiga el neologismo. El mismo lo afirma: *el futurismo ha sido el precursor y el padre espiritual del fascismo*. No le agradece el engendro, el de este régimen de coacción, de dolo y de crímenes horrendos, consumados siempre cobardemente y a mansalva. Es una razón más para declararle un idiota-megalómano, un desviado intelectual con mucho ingenio, patrimonio primordial de los charlatanes de todas las épocas. Pero creemos que se da demasiada importancia al exhibirse como el Bautista, que con las aguas de un Jordán imaginario ungió al bruto de Predappio, que por entonces, como buen socialista, un marxista puro, odiaba toda manifestación de arte y más las que pretendían ser *geroglíficas* y *avanzadas*.

La clave nos la da Ardengo Soffici en su *Giornale di Bordo*, cuando en una de sus *botades*, o salidas de tono, nos dice que el mundo se animó en el instante en que Caín último a Abel con la quijada de un asno. La secta de los *caínitas*, como ustedes podrán comprobar, existió también en todos los tiempos, como abundaron desde entonces acá los *sofistas*. Ambos hicieron casi siempre buenas migas. Mussolini es un caínita y un sofista experimentado, empedernido y consuetudinario y por esas sus dotes, y por la capacidad de asesinar su propia madre si con ello ha de satisfacer sus ambiciones, hubo de ser erigido en jefe supremo y en el papa negro de la secta.

Por lo demás, el futurismo, como tendencia innovadora de arte, no sirvió nada más que como acto espectacular, como una drástica purga, que no podía tener otra trascendencia que la de un momentáneo reactivio contra la podredumbre académica italiana. No era apto a rebasar las fronteras de Italia, ni a universalizarse como lo fué el cubismo en su sentido constructivo. Por eso hace tiempo que el futurismo está enterrado y Marinetti se parece a esos generales colombianos, que lo son ante sí y sin ejército para mandar. En su misma patria se le arrojó con un supino olvido.

Tuvo que organizarse un movimiento pro rehabilitación de algunos amigos suyos y elevar un petitorio al gobierno para que su nombre sonara por los ámbitos del suelo italiano. Luego, en Milán, al realizarse una exposición de cuadros futuristas con la asistencia del dux, el mo-

do que sólo se estableció una limitación de la jornada de trabajo a 11 horas para las fábricas que ocupen más de 50 personas.

Como se ve, la India progresa; la Gran Bretaña está orgullosa con la riqueza natural y humana de ese dominio, y los socialistas se irritarían si se les mencionase la idea de una desmembración del imperio británico por la revolución. ¿Qué necesidad tienen los capitalistas de un cambio social mientras sean tan numerosas las bestias de carga de las metrópolis y de las colonias?

disto aprovechó la coyuntura para que se consagrara el futurismo como arte oficial. Una tendencia de arte con pretensiones revolucionarias, que para vivir e imponerse necesita oficializarse, es porque está bien muerta y hecha una carroña pestilente. El futurismo no es ya más que un vago recuerdo. Se distinguió por su absoluta impotencia creadora. Lo único que enjendro fué el dadaísmo, que resultó ser su última consecuencia, extrayendo de él toda la vacuidad grotesca, para heredar, además, esa impotencia ingenua, esa esterilidad de mula.

Charlatanes, payasos, clowns y modistos es de lo que está compuesta la troupe futurista italiana y dadaísta francesa.

Todo movimiento artístico con pujos novadores nos deja, por lo común, una personalidad de más o menos intensa originalidad. La única excepción, el más artista del grupo, es Ardengo Soffici. Papiñi, convertido a las serafáticas e industriales doctrinas del catolicismo romano y apostólico, nos da la impresión de un soltimbanqui del pensamiento: una inquietud de superficie más que de profundidad.

Respecto al modisto Marinetti, si ha sido jefe del movimiento, lo fué por sus miliones, por su talento de empresario de espectáculos más que por su validez de poeta y de artista. De no haberse metido en el escándalo de las charangas callejeras, de las proclamas teatrales furibundas, hubiese logrado ser un excelente rimador, quién sabe un eximio verbalista; pero nada más. Su megalomanía le indujo a soñar con un principado intelectual; y por esos años, cuando un grupo de artistas y anarquistas fundara en París la tendencia de *L'Action d'Art*, y se proclamara la máquina, la linotipo, como el portento más grande del ingenio humano, él comprendió cuál era su camino, y lanzó la palabra *Futurismo*, que Gabriel Alomar empleara antes en un ensayo político como una particularidad filosófica contra el estatismo de los catalanistas conservadores.

Ya nos hallamos a estas alturas, hablando de asuntos secundarios para nosotros y nuestros lectores. Los que nos empujamos en contemplar todas las manifestaciones del arte y de la vida a través de un ángulo moral, oponemos contra el modisto a los innovadores silenciosos, la verdadera sal de todas las ciudades. Los modistos, — literatueros, sofistas, retóricos — contemporáneos de esos creadores ignorados y oscuros, quienes laboraban en un fecundo silencio, aquellos los molestaron con sus garrulerías, los aturdieron y hasta llegaron a ocupar el puesto de ellos en el favor público.

Y era natural que así acaeciera. Porque los modistos mayores y mejores lanzaban sus figurines, que calzan el minuto, la hora, el día a la moda; vestían los maniques de sus sensaciones de cintajos, de sederías, de luna, de rocío, o los mecanizaban pindáricamente, como sucede ahora, satisfaciendo el gusto momentáneo de la turbarumta de hombres y mujeres de aquellos tiempos y de estos tiempos.

Ciertamente, estos antiguos menestresales del decir ejercían su oficio, decimos casi manual, con la sola pretensión de adornar, decorar su tedio y halagarse a ellos y a los demás, resultando un arte tan suntuario como el de los modistos de la Rue de la Paix, Paquin, Poirer, etc. Por eso mismo no eran tan censurables.

En cambio Marinetti, desde la utilería y la sastrería de su retórica eléctricamente modernizada, pretende el título de innovador artístico y también político: es decir, los que son jalón de una época: Cronwell y Dante.

Modisto, charlatán, caínita y basta. Contentése con vestir los maniques de sus ocurrencias — no ideas — tan agradablemente como para que le aplaudan, le silben y no lo corran, obligándole a fugar.

Y cuando intente tejer el panegírico del fascismo, gritémosle:

—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?



Eduard Bischoff — EL SEMBRADOR

N. DE BRITO

Enrique Ibsen

Su filosofía y el alcance social de su obra

En la costa noruega, en Skien, la roca árida sobre que descansa la población que mira al mar, orgullosa y severa, nació Enrique Ibsen, grande entre los grandes dramaturgos de todos los tiempos.

En la abundancia comercial paterna, perdulariamente tirada a manos llenas, sin cálculo, en contraste con la rigidez germánica de su anciana madre, parpadeó al principio como lampo que ensaya la luz llamada a alegrar el ambiente, dejándolo ver claramente los contornos de las cosas, el sentimiento de la vida desencantada de sus artificios, irrumpió su existencia magnífica que en sesenta y ocho años de trayectoria sorprendería al mundo con la creación inmortal de sus dramas, con el fuego intenso de las pasiones que dominan a los hombres, y como un azote al error; y como un estigma a la mentira, la majestad de su genio imperecedero debía fijar a la humanidad el verdadero sentido de la vida.

Taciturno el temperamento de Ibsen, jugaba perfectamente, porque provenía de la mirada de sus ojos y se conformaba con lo agreste del paisaje de su tierra natal, donde, como él mismo confiesa, se veía por todas partes la superficie escarpada, sin ninguna vegetación y sin un horizonte libre.

Su orfandad a los diez y siete años, ensombreció aun más su espíritu bohemio, llevándolo las necesidades de la vida hacia las márgenes del Skager-Rack, entre la quietud fría de sus ochocientos habitantes, entremezclando, en el laboratorio modesto de Grimstad, los productos farmacéuticos con sus versos ingeniosos y despreocupados. Sólo en 1853, esto es, treinta años después de su nacimiento, aparecieron sus primeras poesías.

Es el estrechamiento revolucionario de la época que sacudía los Estados de Europa en sus fundamentos, el que sacude al autor de Brand. Escandinavia entera y Noruega son conmovidos por una onda de liberación del yugo dinamarqués, presto a someterlas. Es el eco de la re-

volución, es el alma de la insurrección que atraviesa inexorable y vibrante, Francia y Alemania, Austria y toda la Europa central. La revolución francesa habíase tornado ideológicamente universal. Ibsen comienza a abrir los ojos, y al decir de uno de sus biógrafos, por un fenómeno frecuente en las naturalezas ardientes, que traducen rápidamente las ideas en sentimientos, se emociona y se enciende ante el grito de Petefi, el poeta nacional húngaro: "De pie, pueblo de Hungría, de pie por tu independencia!"

Ibsen acude al llamado vehemente con una oda a la libertad. La "Catilina" de Salustio y la "Catilina" de Cicerón inspiran la *Catilina*, debut dramático que sus veinte años producen.

Yo soy hombre cuyo corazón late por la libertad. — El enemigo declarado de toda injusticia. — El amigo de los oprimidos y los débiles. — El hombre, en fin, que arde en deseo insaciable — De echar por tierra los poderosos de hoy.

En la Universidad de Cristianía, donde ingresa en 1850, se satiriza en una revista literaria, "los hombres de orden", los prudentes conservadores del tiempo. La compañía es de las mejores: Bjornstjerne Bjornsen, Vinge y Betten Hansen. Lee poetas con atención: Shakespeare, Schiller y Goethe; con avidez los filósofos Kierkegaard y Kant. Mas las tristes circunstancias de su vida y la aproximación del amor, que le impulsaba al matrimonio, abrieron un paréntesis en su existencia y, pasando por los teatros de Bergen y Cristianía, escribe dramas patrióticos como *Dana Iger*, *d'Oestruat*, *Fête a Solhang*, *Guerriers de Helgeland* y *Pretendants a la Couronne*. Su obra resume la leyenda y la tradición noruega.

Es del 1863 que data la reacción filosófica del dramaturgo, que en la *Comedia del Amor* inicia sus procesos de crítica a las conveniencias sociales. En esta pieza se refleja el antagonismo existente entre la realidad y el idealismo,

con el dominio del amor y del matrimonio. El amor y el matrimonio burgués, están basados en la mentira y en la decadencia moral e intelectual de la personalidad. Esta misma tesis es defendida en "Casa de Muñecas".

En el drama en cinco actos "Brand" confiesa Ibsen que hizo solamente una obra de arte, de imaginación en que son esbozadas las ideas en él ya maduradas. El escritor da forma a sus pensamientos tumultuosos, imprimiendo unidad a su labor artística. El pastor Brand no es un filósofo o un metafísico. Su única afirmación se expresa por el anatema: "Os conozco bien, almas de buyes, espíritus inertes. A todos vuestros Padres nuestros falta el soplo ardiente de la bondad y el fervor ansioso que eleva el canto a los cielos".

Después de "Brand", Ibsen escribió en la Italia meridional, en Ischia y Sorrento, el *Peer Gynt*, que Grieg aprovechó para sus dos conocidas "suites". Es un poema dramático impregnado de fervor íntimo, evocativo, familiar. En proporciones exageradas la figura de Aase está modelada en la acción del dramático El Peer Gynt seducida de tal modo al autor, que llega a reprochar escandalizado a los críticos que lo denigran. En esta obra el asunto y la tesis son opuestas a la de "Brand".

Con los "Puntales de la Sociedad", Ibsen entra en el círculo de combate contra las mentiras convencionales que desnaturalizan al hombre. El lo dice: "¿Quiéren guerra? La tendrán. Seré de hoy en adelante un fotógrafo que hace pasar delante de su objetivo a sus contemporáneos, uno por uno. No dejaré escapar ni al niño en el seno de la madre, ni un pensamiento, ni una intención fugitiva, siempre que me halle en presencia de una alma que merezca mi observación".

Ibsen arranca a los hombres a la vida y los trae a la escena revestidos de hábitos interiores que los determinan a agitarse. Para mudar de métodos no mudan de ideas.

En esta obra, la moral se ciñe a este principio: La libertad y la sinceridad deben ser los verdaderos puntales de la sociedad.

En 1879 aparece *Casa de Muñecas*, conocida de sobre en los medios teatrales. En 1881, Ibsen, con los "Espectros", demuestra que su individualidad se acaba de afirmar en la oración que tomara. Ha de ser la propia multitud la que sentirá todo el peso del carácter de sus personajes y la dureza de las circunstancias en que se mueven.

Después de "Los Espectros" crea su drama inmortal, "Un Enemigo del Pueblo".

Sería ocioso repetir lo que sobre él dije en otra ocasión. Menciono solamente la influencia que Proudhon tuvo en sus ideas afirmando que lo que transforma al individuo desde su nacimiento, es la conducta de los propios hombres, que por egoísmo, renuncia a su expansión natural, deteniéndose en sus corrientes de justicia por las muchas concesiones que reclama el régimen actual. De 1884 a 1886 aparece *El Palo Silvestre* y *Rosmersholm*. Sienta el primero, al decir de Ossé Lourie er: "La filosofía social dans le théâtre de Ibsen", la tesis de que "vale más destruir la felicidad que dejarla subsistir sobre una mentira." "Rosmersholm" desorienta a los críticos isbenianos hasta el punto de atribuir al gran dramaturgo un período de pesimismo. En *La dama del mar* y *Hedda Gabler* entra el autor en el ciclo literario de su vida que se debate entre la oposición del ideal a la realidad en el amor.

La expresión máxima del carácter diabólico es dada por el protagonista de esta obra. Es la fuerza y la fiebre dominadora femenina que atraviesa virilmente la escena, con un poder de opresión verdaderamente notable.

Hay por otro lado el imperio del instinto brutal, decisivo. Poseionado ya de sus facultades creadoras, Ibsen produce *Soy-ness el Constructor*, drama soberbio de técnica en que se glorifica el poder individual del trabajo, la fuerza indestructible de su bondad.

El pequeño Etyof, escrito en 1894, viene a contradecir el individualismo del dramaturgo, pues la idea básica se apoya en la supremacía del altruismo sobre el egoísmo individual.

La última obra de Ibsen es esa extraordinaria composición dramática a que

Prozor, el gran traductor de su teatro, dió por título "Quand nous revelerons d'entre les morts", que fué escrita en 1899.

Es una de las más estupendas creaciones de su genio. En su torno han girado las discusiones más apasionadas. El publicista Eduardo Rod comental: "El último drama de Ibsen es tal vez una obra única, digna de figurar entre las mejores y sobre la cual girará el comentario de los inteligentes por todo el tiempo que la civilización dure".

El problema de la vida y del trabajo es duramente puesto en paralelismo, su cediéndole la eterna duda: *La vida antes de todo?* o la consagración del trabajo, la realización de nuestra obra sin la preocupación de la vida que se estrema en torno nuestro?

El 23 de mayo de 1906 murió Ibsen, a la una y media de la tarde y a los 78 años, dos meses y tres días. No fueron los funerales nacionales que Noruega le consagró lo que han hecho inmortal su nombre y su obra extraordinaria. El teatro Real de Cristiania, en la víspera de la ceremonia dió una representación extraordinaria de "Los Espectros". Antes que el telón se levantara, la orquesta ejecutó "La muerte de Aase", de Grieg.

Más que todas las pomposas consagraciones oficiales, vale la labor monumental que su genio dejó al mundo culto. Es imposible aquilatar el valor del teatro isbeniano por el simple conocimiento de una de sus obras. Es necesario considerar en bloque su monumental filosofía vivida. Ibsen fué poeta y dramaturgo.

Mas su arte es puro, su poesía es exclusiva. Sus pensamientos y su filosofía parecen de un ser químico. Las ideas que se desenvuelven en sus obras se destacan así: la parte negativa: *la sociedad actual*, la parte positiva: *la sociedad nueva*.

Los hombres no quieren sino revoluciones especiales y localizadas, revoluciones exteriores y políticas. Charlatanismo, ¿lo que se precisa realizar, a toda costa, es la revolución del espíritu humano?

BIBLIOGRAFIA

Kurt Kersten — "Ein europaischer Revolutionär", Georg Forster, año 1754-1794. (Un revolucionario europeo, G. F.) A. Seehof und Co., Berlín, 1921, 93 págs. en 8. —

Este pequeño librito se lee de un tirón; está apasionadamente escrito y más que una biografía es una psicología de Georg Forster, un sabio y un revolucionario de la segunda mitad del siglo XVIII. A nosotros nos interesa. Georg Forster, no sólo porque ha sido un revolucionario, sino porque, parece, ha tropezado diversamente con la idea anarquista, lo que Kurt Kersten constata en este escrito. Nuestro Gustavo Landauer ha hecho una selección de sus cartas de 1789-1793 en sus "Briefe aus der franzosischen Revolution". Max Nettlau menciona en su primer volumen de la historia de la idea anarquista, el pasaje en que Forster manifiesta su interés por la obra de William Godwin, "Enquiry of Political Justice" que envió el autor a la Convención francesa y ésta la sometió a estudio de Forster.

La vida de Forster, siempre agitada y en tensión, se resume en estos datos: Nació en Polonia, cerca de Danzig, en 1754; su padre era un sacerdote de procedencia escocesa que llegó por su propio esfuerzo a ser un conocido naturalista y explorador; el joven Forster conoció las estrecheces económicas de la vida y no ha pasado una infancia feliz; en 1773-1775 acompañó a su padre en el viaje de exploración de Cook alrededor del mundo y describió ese viaje en alemán. Después de alguna residencia en Londres y de algunos viajes a París, residió en 1779 en Kassel, en 1784 en Vilna; en 1785 se casó con Theres Heyne, hija del conocido filólogo de Gotttinga; el matrimonio no ha sido feliz tampoco. En 1788 ocupa el puesto de bibliotecario en Mainz, donde, al estallar la revolución francesa, se formó un considerable foco de reacción. En 1790 hizo un viaje de exploración por el Rhin, Brabante, Flandes y Holanda, con el joven Alejandro von Humbold, uno de los más grandes naturalistas alemanes de la época, también uno de los más avan-

zados pensadores, que no vaciló en proclamar su fe relativamente antiestatista. Forster se convirtió en Mainz en un defensor celoso de la revolución francesa, pronunciándose por una adhesión de Mainz a Francia para borrar las fronteras del nacionalismo. La mala administración del general francés Custine en Mainz, hizo que este primer apoyo alemán a la revolución francesa fracasara. Forster fué a París en 1793, y un año más tarde murió, reflexionando sobre planes de acción, de propaganda, siempre fiel a la revolución libertadora. De sus descripciones de viajes y de sus escritos, sus cartas de los años de revolución serán siempre un valioso testimonio para la altura de miras de Forster y para la historia de aquel tiempo.

Mella Ricardo — "Ideario". Prólogo de José Prat, Gijón, 1926. —

Tenemos ante la vista los primeros 15 pliegos del primer tomo de las obras completas de Ricardo Mella; faltan aún siete u ocho pliegos para completar el volumen. Pronto estará en situación de correr el mundo y no profetizamos si decimos que esta recopilación ocupará un puesto prominente en la pequeña biblioteca de todos los estudiosos del anarquismo. A Ricardo Mella no se le puede pasar por alto; el pensamiento de ese hombre tiene algo tan profundo, tan atractivo, tan educativo, que tratar de ignorarlo o de silenciarlo es conspirar contra nosotros mismos, contra el porvenir de las ideas de libertad. Raramente ha reunido un escritor anarquista la seriedad de Mella, su claridad de estilo y su amplitud de miras. Si Mella hubiese nacido en otro país que en España, su nombre se hubiese universalizado como uno de los grandes orientadores humanos. Al leer las primeras 240 páginas del "Ideario", homenaje a Mella y a sus ideas que le rindea sus amigos íntimos, pensamos involuntariamente en los filósofos de la Grecia clásica.

Nosotros estamos empenados desde hace años en presentar las obras y la personalidad de Bakunin, estimando que el contacto con una personalidad tan gigantesca y tan noble no puede menos de ser un valioso aliado educativo. Sin embargo, si fuésemos a tomar a Bakunin al pie de la letra, encontraríamos muchos motivos de desacuerdo que de armonía. Lo que vale en Bakunin es el conjunto de su personalidad y de sus ideas, su valor no está en algunos detalles aislados de su vida y de sus escritos, está en la impresión que nos produce su conjunto, en la síntesis que elabora nuestro espíritu; los filósofos alemanes llamarían a eso *Weltanschauung*.

Lo mismo Mella, aunque otro temperamento muy diverso, pero de una pieza también, con ser tanto en el detalle como en el conjunto un gran valor, para la posteridad no tendrá el valor, de catecismo o de guía práctica; la síntesis de la concepción del mundo y de la vida que nos presenta Mella es lo que nos interesará siempre propagar. Sería un error querer aplicar sus escritos a las situaciones inmediatas y a las circunstancias futuras. Lo que hay que hacer es penetrarse del sentimiento y de la concepción de la libertad de Mella y no aferrarnos a la letra de sus escritos, por sugestivos que sean.

La mayoría de los pequeños trabajos de éste libro son tomados de *Acción Libertaria*, Gijón-Vigo, 1910-11. *El Libertario*, Gijón, 1912-13 y *Acción Libertaria*, segunda época, Madrid, 1913-14. Puede decirse que son inéditos para la mayoría de los lectores actuales pues han sido publicados en esos periódicos anónimamente o con pseudónimos, y de no haber tomado en sus manos Pedro Sierra esta labor, una parte de las páginas de éste volumen habría quedado enterrada en los viejos periódicos, inaccesibles para casi todos los nuevos combatientes del anarquismo. Habría aún, sin embargo, material para otro volumen de escritos dispersos por nuestra prensa de Europa y de América, sin contar los folletos que circulan más o menos en nuestras librerías.

La ordenación de los vastos materiales supone un íntimo conocimiento de la obra de Mella. Los editores han pensado, seguramente, que ante todo convenía presentar un conjunto de ideas y de sugerencias susceptible de dar una impresión perfecta de la personalidad del autor; si luego las circunstancias permiten llevar adelante la obra iniciada, bien, sino, el primer volumen contiene ya a Mella íntegramente.

Prologa el libro José Prat, uno de los más viejos amigos de Mella, compañero íntimo de ideas. La impresión, el formato, el tipo de letra, todo ha sido esmeradamente elegido y cuidado. Sin embargo los camaradas que editan esta obra nos escriben que su iniciativa no ha podido hallar más frialdad en el ambiente anarquista. Eso es triste. Pero lo demás es evidente, nuestros camaradas tienen mucho más interés en las luchas de ambiciones personales que en nutrir su espíritu de pensamientos elevados y de sentimientos nobles. ¿No tropieza también nuestro esfuerzo con la hostilidad encarnizada de los impotentes y de los eunucos, incapaces de levantar el corazón y la mirada por encima de las pequeñeces y las ruindades cotidianas?

El militarismo, el capitalismo y las milicias de partido

Hace un tiempo, en una conferencia pública del camarada Rucker en Berlín, se promovió una discusión con el marxista de izquierda Franz Pfemfert sobre los ejércitos permanentes y el capitalismo. Rucker sostuvo accidentalmente que los ejércitos permanentes pueden desaparecer sin que por eso sufra el capitalismo la menor oscilación. Pfemfert creyó haber oído una herejía y Rucker explicó más ampliamente su pensamiento, ratificando su afirmación y agregando que desde el momento que el capitalismo halla otro medio de defensa menos costoso e igualmente seguro, los ejércitos desaparecerán, sin que eso implique ninguna concesión a las exigencias revolucionarias. Ya en algunos países se está en vías de abolir el ejército permanente y no por eso se mueven en lo más mínimo los cimientos de la sociedad actual del privilegio y de la explotación.

En efecto, el ejército ha perdido su significación de otros tiempos. La moderna técnica bélica parece llamada a sustituir al soldado históricamente conocido. No está lejano el día en que ir a la guerra equivaldrá poco más o menos a ir a la fábrica a elaborar gases asfixiantes y otros nuevos recursos de destrucción.

Los generales serán suplantados por químicos y técnicos y las espadas y los fusiles no son ya hoy eficaces más que en las luchas sociales, no en las guerras. El valor individual no representa nada tampoco, como no representa nada en una moderna fábrica la habilidad profesional del obrero.

En otros tiempos un ejército podía crear nuevas naciones, destruir Estados. Hoy la existencia de un Estado ante otro no depende exclusivamente del ejército; victoriosos o vencidos, los Estados continúan en pie. Y el imperialismo no se manifiesta ni puede manifestarse ya en la anexión política de los Estados vecinos; a lo sumo, ocurre aun eso en los países coloniales de Africa y de Asia; entre los grandes Estados capitalistas, el anexionismo es absurdo, irrealizable. El capitalismo tiene medios de expansión y de dominación más irresistibles y más sólidos que la mera fuerza de las armas invasoras; la invasión norteamericana en los países de habla española, testimonia sobre el poder de esa dominación.

Y la guerra mundial que terminó militarmente en noviembre de 1918, pero que siguió bajo otras formas no menos

terribles y criminales, evidencia igualmente que el ejército permanente no es la única fuerza bélica de que dispone el capitalismo.

A Alemania no le está permitido tener más que cien mil hombres en su nuevo ejército. Aunque tuviera un millón, su impotencia ante el resto de Europa unida contra ella, sería la misma. El número de los soldados no decidiría en modo alguno un solo paso de su política exterior. Una guerra moderna tiene que asegurarse más de la provisión de petróleo, de carbón, etc. que de la existencia de soldados.

En una palabra: dado el ritmo veloz de la carrera capitalista hacia nuevos e imprevistos desenvolvimientos, no sería imposible que las condiciones políticas y económicas llevasen a la abolición de los ejércitos permanentes, que se están mostrando demasiado caros. Esa abolición de los ejércitos permanentes está muy lejos de significar una victoria revolucionaria. En todo caso, no debemos hacernos ilusiones. La existencia del capitalismo no depende únicamente de su apoyo en las bayonetas de los soldados. Si no tuviera a su disposición más fuerzas, su estabilidad sería siempre problemática. Pero hay poderosas fracciones sociales que lo apoyan en un modo u otro, y los elementos conscientes en lucha contra el sistema de vida mísera y esclava que vivimos son una minoría invisible, más impotentes de lo que podríamos suponer.

Cuando muchos de nuestros camaradas queñan o divagan aún con revoluciones garibaldinas a pistoletazos y a sablazos, nos llena de asombro esa ceguera que no quiere ver los años que han pasado desde que Garibaldi o los guerrilleros de otros tiempos podían poner en el patillo de la balanza su valor personal o su genio militar. Hay que acostumbrarnos a encarar nuestros medios ofensivos y defensivos en una revolución de acuerdo a nociones más realistas y más sensatas. La revolución social no será un simple problema de estrategia ni se resolverá a pistoletazos o a cañonazos.

Eso no quiere decir que rechacemos de plano esos medios violentos. Estamos muy lejos de ser tolstoyanos; lo que queremos decir es que la revolución social debe contar con fuerzas más esenciales de triunfo que las meras fuerzas armadas.

Una cosa, sin embargo, es el triunfo de la revolución social y otra es la preparación de la reorganización de la sociedad a que aspiramos.

En los países donde somos cuatro gatos inofensivos que a lo sumo conseguimos publicar dificultosamente un periódico, los problemas que debemos forzosamente resolver son pocos; pero en aquellas regiones en que nuestro movimiento tiene una relativa fuerza social, la situación varía mucho desde el punto de vista de las concepciones tácticas.

En el congreso campesino de Guadalajara, México, alguien propuso que cada sindicato o comunidad campesina armase diez mil hombres para resistir a las usurpaciones de los terratenientes y de sus bandas. La proposición se rechazó en vista de que eso equivaldría a formar una especie de ejército anarquista. Sin embargo el problema es más complejo y no se resuelve con una rotunda negación. Especialmente en México existe el problema de la defensa armada del movimiento y el mismo problema tendremos en la Argentina y en otros países cuando se reanimen las actividades. La existencia de nuestro movimiento exigirá cada vez más que pensemos en los medios de defenderlo no sólo contra las autoridades, sino contra las bandas partidistas o milicias de partido que se están difundiendo por todas partes.

Los socialdemócratas alemanes se vanaglorian de tener un ejército republicano de cien mil hombres a su disposición; los comunistas, por mucha propaganda que hicieron, no llegaron a tanto, pero sus centurias militares en Alemania ascienden a 30 ó 40 mil hombres. Tenemos luego las bandas reaccionarias, sostenidas por las asociaciones capitalistas industriales y agrarias, cuyo número no puede calcularse, pero que es muy superior al de las milicias socialdemócratas y comunistas juntas. En Francia, donde el ejército permanente es muy superior al de 1914, también se comenzaron a formar las milicias de partido; y en Italia sabemos bien lo que significan las bandadas fascistas. En Estados Unidos exis-

ten también poderosas formaciones militares o militantes al servicio de la reacción. Y ensayos parecidos se intentaron o se intentarán en todas partes. ¿Es que pensamos que ese fenómeno no nos interesa en modo alguno? Creemos que sería un error pasarlo por alto. Quién sabe a qué nos llevará la necesidad de defensa! Recordemos que entre los anarquistas italianos hubo muchos jóvenes en 1920-21 que tomaron parte en el ensayo de formación de cuerpos militarizados de defensa, como los *arditi del popolo*.

Es de creer que entramos en un período en que esas milicias de partido se convertirán en instituciones semi-oficiales indispensables para la conquista del poder político; todas esas fuerzas nos serán hostiles, lo mismo que las fuerzas armadas del Estado. Esas milicias serán generalmente impotentes para transformaciones fundamentales de la sociedad; su misión se reducirá a un plano más bien defensivo que ofensivo. Pero pueden obstaculizar fácilmente toda nuestra propaganda, como lo hacen ya, cuando tienen interés en ello, en los países en que existen, como en Alemania. Cada día se evidencia más que los grandes partidos políticos de derecha y de izquierda confían muy poco en la simple legalidad; creen en Dios, pero tienen también firmemente por el carro, es decir, creen en la ley, pero procuran asegurarse el amparo de ella. Ya no hay un solo gran partido que vaya a las elecciones y se con-

tente con el resultado de las mismas; un partido es hoy todo un Estado dentro del Estado y esté o no en el poder es siempre una fuerza y procura crear intereses para estabilizar sus miembros y atraer fuerzas nuevas, y esos intereses creados requieren una constante defensa.

Un examen de la realidad desde el punto de vista aquí esbozado nos llevaría muy lejos. Pero nos importa hacer resaltar el problema: no se trata de saber lo que haremos al día siguiente de la revolución, sino de saber lo que haremos antes de la revolución para fortalecer más cada día nuestro movimiento y para defenderlo contra los viejos y nuevos enemigos. También es importante levantar la mirada por sobre las ideas hechas y examinar problemas de mucha trascendencia, como por ejemplo la disposición de vastas capas de la burguesía a suprimir los ejércitos permanentes, por ejemplo en Dinamarca. Es la burguesía misma, no los socialdemócratas o comunistas, la que presta esa medida de economía social. Y cuando la burguesía no vacila en algunos países en recomendar la supresión del ejército permanente, no será porque esa medida le será desventajosa. Hacemos resaltar ese hecho porque muchas viejas concepciones tácticas nuestras van perdiendo su valor y nos hace falta especular un poco más con los datos de las nuevas realidades.

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(Continuación)

Una vez que tengamos pan para todos, ambicionaremos algo más amplio — la igualdad de los derechos; pero eso se realizará entonces prontamente, pues el que no tiene necesidad de inclinarse ante sus semejantes para obtener un bocado, es ya su igual. La igualdad de las condiciones — ¿hay realmente energúmenos a quienes deba decirse? —, no afecta en lo más mínimo la infinita diversidad de las naturalezas humanas, la anhelamos continuamente y la tenemos por ineludible, pues es el único camino por el que podemos llegar a una verdadera moral pública. Un hombre sólo puede ser verdaderamente moral cuando es su propio amo. Desde el momento que despierta a la comprensión de lo que es bueno y justo, le compete guiar sus propios movimientos, buscar en su conciencia las razones de su acción, y hacer simplemente lo suyo, sin temor al castigo ni la esperanza de la recompensa. Mientras tanto su voluntad será inevitablemente fortalecida cuando ve a otros hombres, que se dejan conducir, como él, por su propia voluntad, marchan por el mismo camino. El ejemplo recíproco creará pronto a la ética una forma colectiva a que se pueden adherir todos sin esfuerzo; pero desde el momento en que aparecen mandamientos forzados por penas legales, en lugar de la voz personal de la conciencia, la moral termina. Esto ha dicho el apóstol pagano: «La ley es el padre de los pecados. Sí, más aún, no es otra cosa que los pecados mismos, porque en lugar de dirigirse a la parte mejor del hombre, a su condición primitiva libre, se dirige a su parte más mala — dominación por el temor. Por tanto, a cada cual le interesa resistirse a las leyes que él no ha hecho y defender sus derechos personales, que son también los derechos de los demás. Se habla a menudo de la oposición entre derechos y deberes. Eso es pura charla; no hay tal contradicción. Todo el que percibe sus derechos, cumple con ello su deber para con sus semejantes. Privilegio, no derecho, es lo contrario del deber.

Aparte de la disposición sobre la propia persona, incluye la sana moral otra condición — la recíproca benevolencia que surge igualmente de la igualdad. Las palabras del Mahabarata santificadas por el tiempo, son más verdaderas que nunca: «Los locos no son los amigos de los sabios; el hombre que no tiene un carro, no es amigo del que lo tiene. La amistad es la hija de la igualdad, no la hija nunca de la desigualdad.» Sin duda

está dado a aquellos hombres que sobresalen por su pensamiento, su cordialidad o su fuerza de voluntad, el ganar la simpatía de la multitud; pero sin embargo, si la adhesión de sus partidarios y admiradores no procede de la afinidad entusiasta del espíritu y del corazón, entonces se transforma pronto — bien en fanatismo, bien en servilismo. El que es saludado por los gritos de la muchedumbre como amo, debe atribuirse casi necesariamente virtudes extraordinarias o tenerse por "agrañado de Dios", de modo que en su propia estimación se presenta como instrumento de la providencia y luego usurpa sin vacilaciones y sin remordimientos de conciencia privilegios que deja a sus hijos como herencia. Pero al elevarse en rango, ha bajado moralmente, y sus adeptos y veneradores serviles han bajado más todavía; esperan la voz de mando que viene de los labios del señor; si descubren en lo profundo de su conciencia un ligero movimiento de contradicción, lo sofocan; se vuelven mentirosos ejercitados, se envilecen hasta la lisonja y pierden el don de mirar en la cara a los hombres dignos. Entre el que manda y el que obedece y cuyo envilecimiento es mayor de generación en generación, no hay posibilidad alguna de amistad. Las virtudes se han cambiado; la franqueza fraternal ha desaparecido; la independencia se convierte en delito; arriba la compasiva condescendencia, el altivo menosprecio; abajo la admiración envidiosa y el odio furtivo. Apele cada cual al pasado y planteémonos sinceramente el problema: "¿En compañía de quienes hemos sentido el mayor placer?" ¿de personalidades que nos han "honrado", que conversaron con nosotros, o de gentes sencillas con quienes nos hemos "dignado" entretenernos? ¿O fueron más bien nuestros iguales, cuyas miradas se dirigen a nosotros ni suplicantes ni imperiosas y a quienes podemos amar abiertamente, sin pensamientos ocultos o reservas?

Para vivir en la igualdad y arrancarse a las falsedades e hipocresías de una sociedad de altos y bajos, muchos hombres y mujeres se han agrupado en estrechas alianzas y han fundado un pequeño mundo en la soledad. América pulula de sociedades de esa especie. Pero esas sociedades, de las cuales pocas prosperan y muchas sucumben, están todas más o menos bajo la ley del poder; llevan el germen de su propia disolución en sí y se vuelven a absorberlas por el mundo que han abandonado gracias a la ley natural de la gravitación. Pero aun cuando se encontrara en ellas la perfección,

aunque el hombre hallase en ellas la más elevada felicidad de que es capaz su naturaleza, tendrían que soportar sin embargo el reproche del aislamiento egoísta, pues levantaron entre ellos y el resto de los hombres un muro; y sus alegrías son egoístas, y la consagración a la humanidad volverá a llevar a los mejores de ellos siempre a la gran lucha. Pero los anarquistas no queremos separarnos del mundo para edificar una pequeña iglesia oculta en alguna parte en el yermo desierto. Aquí está la arena del combate y aquí quedamos inmovilizados, preparados a prestar nuestra ayuda en todas partes donde sea necesaria. No abrigamos exageradas esperanzas, pero sabemos que nuestro esfuerzo no se perderá. Muchos de los ignorantes que ahora nos maldicen, sea por amor a lo tradicional o por candidez de corazón, se adherirán finalmente a nuestra causa. Por un hombre a quien las circunstancias permiten estar con nosotros libremente y sin reservas, hay centenares que se ven obstaculizados por las duras necesidades de la vida para confesar abiertamente sus opiniones; pero espían desde lejos la ocasión y abrigan nuestras palabras en la cámara de los tesoros de su corazón. Sabemos que hacemos nuestra la causa de los pobres, de los desheredados, de los que sufren; tratamos de devolverles la tierra, los derechos personales, la confianza en el porvenir; ¿no es natural que nos alienten con la mirada y la actitud aun cuando no se atreven a venir hacia nosotros? Pero cuando lleguen los tiempos de la confusión, cuando la mano férrea del poder haya perdido su apoyo y los dominadores paralizantes titubeen bajo el peso de su propia violencia; cuando las "formaciones" queden libres por un momento de la opresión de arriba y se reorganicen según su afinidad natural — ¿de qué parte estarán entonces los muchos? Aunque nosotros no pretendamos el don de profetas, ¿no debemos decir consolados sin temeridad que la gran mayoría se adherirá a nuestras filas? ¿No hacen incluso nuestros enemigos, cuando no se cansan de repetir que el anarquismo es sólo el sueño de un par de ilusos, continua propaganda en nuestro favor por las injurias que nos arrojan y los planes y maquinaciones que nos atribuyen? Se dice que los magos de la edad media, cuando querían citar al diablo, comenzaban su encantamiento pintando su retrato en la pared. Desde hace mucho tiempo los modernos nigrománticos han empleado el mismo método para conjurar el anarquismo.

En consideración a la gran obra del porvenir, y para que esa obra sea realizada nos interesa aprovechar toda ocasión oportuna. Entretanto, aunque nuestro objetivo es vivir sin gobiernos y sin leyes, estamos forzados a someternos a muchas cosas. ¿Cuán frecuentemente estamos en situación de realizar nuestra voluntad libre y de no guiarnos por lo que los hombres reclaman unos de otros en base a la rutina convencional? En ningún caso fortaleceremos la autoridad apelando a ella o peticionándole algo, y tampoco contribuiremos por nuestro impulso a la consolidación de las leyes buscando en los tribunales nuestro derecho, ni seremos los promotores de nuestra propia desdicha prestando nuestro voto o nuestra influencia a algún candidato. Es fácil para nosotros no aceptar ningún servicio de la violencia, no nombrar a nadie amo y no dejarnos tratar como señores para permanecer simples ciudadanos en las filas y decididos a comportarnos en toda situación como iguales entre iguales. Que nuestros amigos nos juzgen por nuestros hechos y repudien a aquellos de entre nosotros que no tienen firmeza alguna.

Hay individualmente muchos hombres de sentimientos benévolos que se mantuvieron hasta ahora alejados de nosotros y hasta consideran nuestros esfuerzos con un cierto recelo y que sin embargo nos prestarían alegremente su ayuda si no los contuviera el temor a la violencia que se desencadenaba casi ineludiblemente a consecuencia de la revolución. Y no obstante, una investigación profunda de las circunstancias actuales tendría que mostrarles que el supuesto período de tranquilidad en que viviríamos, es en realidad una época de crueldad y de violencia. Sin hablar de la guerra y de sus crímenes, cuya estadística no puede eludir ningún Estado civilizado, ¿se puede negar que el asesinato, las enfermedades y la muerte son consecuencias esenciales

del orden social existente. El orden usual es mantenido por hechos de brutalidad y de violencia, pero cosas que ocurren cada día y cada hora no son tenidas en cuenta, vemos en ellas una serie de acontecimientos habituales que no son más extraordinarios que la sucesión de los tiempos o el cambio de las estaciones. Parece precisamente perverso rebelarse contra el ciclo de la violencia y de la opresión santificadas por el hábito y la tolerancia de los siglos. Muy lejos de querer colocar tiempos de desorden y de guerra en lugar de una era de dicha y de paz, nuestra finalidad única es poner fin a la sucesión infinita de la miseria que hasta ahora, como en base a una resolución general, lleva el nombre de "progreso de la civilización". Por otra parte, el observador tranquilo y psicólogo de la historia y de los hechos humanos tiene que reconocer que los actos de venganza son fenómenos inevitables de un período de fuertes transformaciones.

(Concluirá)

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Literatura histórica, memorias, biografías

Véase Johann Most (*Die Mollé von Blackwells Island*, 1887; *Zwischen Galgen und Zuchthaus*, 1887; *August Reinsdorf und die Propaganda der That*, New York, 1885; *Acht Jahre hinter Schloss und Kegel*, 1896); *Memoiren*, 4 vol., New York, 1903-7).
Igualmente la bibliografía de los procesos, hechos revolucionarios, etc.

(M. Nettlau). — *Die historische Entwicklung des Anarchismus* (La evolución histórica del anarquismo) Int. Bibliothek, 1890, 16 páginas.
(M. Nettlau). — *Der Londoner Congress. Zur Beleuchtung der Vorgänge auf demselben* (El congreso de Londres. Para el esclarecimiento de los acontecimientos del mismo), Berlín, 1896, 71 páginas en 8o.; tomado del "Sozialist", 8 de agosto al 17 de octubre.
Krtschal August. — *Zur geschichte der Arbeiterbewegung Oesterreichs*, 1867-1892 (Para la historia del movimiento obrero en Austria), Graz, 1893, 53 págs., confiscada; reimpresa en Berlín, 1894, 50 págs. en 8o.
Nettlau M. — *Michael Bakunin. Eine Biographie*. Vol. 1-3. Londres, Privately printed by the author, 1896-1900 (Autogr.). I, 1814-1868; II, 1868-1871; III, 1871-1876.
Mackay J. H. — *Max Stirner, Sein Leben und sein Werk*, Berlín, 1898; segunda edición en 1910.

Nettlau M. — *Michael Bakunin. Eine biographische Skizze*. Mit Auszügen aus seinen Schriften und Nachwort von G. Landauer (M. B. Un esbozo biográfico, con fragmentos de sus escritos y un epílogo de G. L.), Berlín, 1901, 8o.
Die Justizgruel von Barcelona. Dokumentarisch belegter Bericht über die Anwendung der Tortur im heutigen Spanien (Los horrores de la justicia en Barcelona. Informe documentado sobre el empleo de la tortura en la España actual), 2 ediciones, Berlín, "Der Sozialist", 1897, 24 páginas.
Schüte M. — *August Reinsdorf und die Niedercald-Verschöberung*, (A. B. y la conspiración de Niederwald), Berlín, 1901.
Ramus Pierre. — *Nach Vierzig Jahren*, 28 Sept. 1864-28 Sept. 1904 (Después de 40 años, 28 de sept. 1864-28 de sept. 1904. Una memoria en ocasión del 40 aniversario de la fundación de la Asociación In-

ternacional de los Trabajadores), Londres, 1905; tomado del "Freie Arbeiter" de Berlín, 1904.
Weidner Albert. — *Aus den Tiefen der Berliner Arbeiterbewegung* (De las profundidades del movimiento obrero berlinés), Berlín, junio de 1905.
Kropotkin P. — *Kritische Beiträge zur Charakteristik von Karl Marx* (Contribuciones críticas sobre la característica de Karl Marx), Edición del "Anarchist", Berlín, 1906.
Ramus P. — *Die Uhrheberschaft des Kommunistischen Manifest* (Los autores del Manifiesto comunista), contribuciones de Tcherkesof, Labriola y P. Ramus) Edición del "Freie Arbeiter", 1906.
Kropotkin P. — *Memoiren eines Revolutionär*, 2 vol. Traducción de Fannwitz, Stuttgart, 1906; nueva edición en 1922.
Ramus P. — *William Godwin, der Theoretiker der Kommunistischen Anarchismus...* Mit Geleitwort von Dr. W. Borgius (W. G., el teórico del anarquismo comunista... Con prefacio del Dr. W. B.), Leipzig, Félix Dietrich, 1907; traducción rusa, "Golos Truda", 1924.
Roller Arnold. — *Blätter aus der Geschichte des spanien Proletariat...* (Páginas de la historia del proletariado español, En ocasión del décimo aniversario del ajusticiamiento de Miguel Angiolillo. Con un prólogo de Pedro Vallina), edición Revolutionär, Berlín, 1907; traducción española en el Suplemento de LA PROTESTA.
Ramus Pierre. — *Franzisko Ferrer. Sein Leben und Wirken* (F. F., su vida y su obra), edición Jahrbuch der freie Generation, Klosterneuburg-Viena, 1910.
Pierre Ramus. — *Die Opfer und Martyrer des Justizmordes von Chicago*, 11 November 1887 (Las víctimas y los mártires del asesinato judicial de Chicago, 11 de noviembre de 1887), Edición Freie Generation, 219 págs., Zurich, 1912; nueva edición, Viena 1922, 176 págs.

Peukert José. — *Erinnerungen eines Proletariers aus der revolutionäre Arbeiterbewegung* (Recuerdos de un proletario sobre el movimiento obrero revolucionario. Con un prólogo de Gustav Laandauer), Edición "Der Sozialist", 334 págs., Berlín, 1913.
Nettlau M. — *Errico Malatesta, Das Leben eines Anarchisten* (Errico Malatesta, la vida de un anarquista). Edición Fritz Kater, Berlín, 176 páginas, 1922; edición española, LA PROTESTA, Buenos Aires, 1924; traducción italiana "Il Martello", New York; resumen en inglés, por H. Havel.
Rocker Rudolf. — *Johann Most, Das Leben eines Rebellen* (Johann Most, La vida de un rebelde). Edición Fritz Kater, Berlín, 1924, 436 págs. Nachtrag, 1905 44 páginas.
Engert Dr. R. — *Beiträge zur Stirnerforschung* (Contribuciones a la investigación sobre Stirner), Números 1-4, Dresden, 1921-24.
Arschinof P. — *Geschichte der Machno-Bewegung*, 1918-21, (Historia del movimiento machnovista, 1918-21), Berlín, 1924. Edición del "Freie Arbeiter".
M. Nettlau. — *Der Vorfüring der Anarchie. Ihre historische Entwicklung von den Anfängen bis zum Jahre 1864* (La aurora de la anarquía. Su evolución histórica desde los comienzos hasta el año 1864) Edición Fritz Kater, Berlín, 1925, 8o. mayor, 236 págs.
La bibliografía histórica del anarquismo en Alemania podría ser completada con los trabajos importantes escritos de tanto en tanto en nuestra prensa o en las publicaciones históricas, como el Archif del profesor Grümberg, donde Nettlau ha colaborado; también existe una literatura de ciertas proporciones, académica o simplemente burguesa, hostil u objetiva, pero sería imposible mencionarla aquí donde nos preocupamos de dar un resumen del esfuerzo anarquista en los diversos aspectos de la actividad intelectual.

Errico Malatesta (13)



EN EL CAFÉ

lizarlo. De otro modo podría venir, en lugar del socialismo, un estado social en donde las diferencias entre hombre y hombre fuesen agrandadas y permanentes, en el que la humanidad estuviera dividida como en dos razas diversas, los señores y los siervos, con una clase intermedia que serviría para asegurar, con el concurso de la inteligencia y de la fuerza bruta, el dominio de los unos sobre los otros — o bien pudiera simplemente perpetuarse el estado actual de luchas continuas, de mejoramientos o empeoramientos alternantes, de crisis y de guerras periódicas.
Diré también que si se abandonasen las cosas a su curso natural, la evolución iría probablemente en el sentido opuesto al que quisiéramos nosotros, iría hacia la consolidación de los privilegios, hacia un equilibrio estable creado en provecho de los actuales dominadores, pues es natural que la fuerza sea de los fuertes, que quien comienza a luchar con ciertas ventajas contra el adversario, adquiera mayores ventajas aún en el curso de la lucha.
Luis. — Tal vez tengas razón; pero precisamente por eso hay que utilizar todos los medios a nuestra disposición; educación, organización, lucha política.
Jorge. — Todos los medios, sí, pero todos los medios que conducen al objetivo final.
Educación, ciertamente. Es lo primero que se necesita, pues si no se obra sobre el espíritu de los individuos,

si no se despierta su conciencia, si no se excita su sensibilidad, si no se suscita su voluntad no hay progreso posible. Y por educación no entiendo tanto la instrucción que se aprende en los libros, necesaria también, pero tan poco accesible a los proletarios, sino de la educación que se adquiere mediante el contacto consciente con la sociedad, la propaganda, las discusiones, el interés en las cuestiones públicas, la participación en las luchas por el mejoramiento propio y ajeno.
Esta educación del individuo es necesaria y será suficiente para transformar el mundo si pudiese extenderse a todos. Pero sin embargo eso no es posible.
El hombre es influenciado, dominado, casi diré formado, por el ambiente en que vive; y cuando el ambiente no es apropiado, sólo puede progresar luchando contra él. Y no existe en un momento dado más que un número limitado de individuos aptos, por capacidad congénita o por circunstancias especiales favorables, para elevarse por encima del ambiente, para reaccionar contra él y contribuir a transformarlo.
Y he aquí por qué es la minoría consciente la que debe romper el hielo y cambiar violentamente las circunstancias exteriores.
La organización: cosa óptima y necesaria, siempre que sea hecha para combatir el capitalismo y no para ponerse de acuerdo con él.
Y, además, nota bien. Si se quiere mejorar, hacer soportable el sistema capitalista y por consiguiente consagrarlo y perpetuarlo, entonces ciertos acomodos, ciertas colaboraciones pueden parecer aceptables; pero si se quiere verdaderamente destruir el sistema, entonces es preciso ponerse claramente al margen y contra el sistema.
Y ya que la revolución es necesaria y de cualquier modo la cuestión deberá cambiar siempre con la revolución, ¿no te parece que es preciso prepararse desde ahora espiritualmente y materialmente, en lugar de ilusionar las masas y de debilitarlas con la esperanza de poder emanciparse sin sacrificios y sin luchas cruentas?
Luis. — Bien. Supongamos que tengas razón y que la revolución sea inevitable. Hay muchos socialistas que dicen también lo mismo. Pero será necesario siempre constituir un gobierno para dirigir y organizar la revolución.
Jorge. — ¿Y por qué? Si no existe en medio de las masas un número suficiente de revolucionarios del brazo y del cerebro, capaz de proveer a las necesidades de la lucha y de la vida, la revolución no se hace, o si se hace, no triunfa. Y si ese número existe, ¿para qué puede servir un gobierno sino para paralizar la inicia-

tiva popular y en sustancia para truncar la revolución misma?
En efecto, ¿qué queréis que haga un gobierno parlamentario o dictatorial?
Ante todo deberá pensar en asegurar su existencia en tanto que gobierno, es decir constituir una fuerza armada para defenderse contra los adversarios y para imponer su voluntad a los recalcitrantes; después deberá informarse, estudiar, tratar de conciliar las voluntades y los intereses en conflicto y por tanto hacer leyes... que probablemente no contentarán a nadie.
Entretanto, habría que vivir. O la propiedad habría pasado de hecho a manos de los trabajadores y entonces, dado que es preciso proveer a las necesidades de todos los días, los trabajadores mismos deberán resolver los problemas de la vida sin esperar las decisiones de los gobernantes, a quienes no quedaría más que... declarar la propia inutilidad como gobernantes y confundirlos en la multitud como trabajadores.
O bien la propiedad quedará en manos de los propietarios, y entonces éstos, detentando y disponiendo a su capricho de la riqueza, permanecerían los verdaderos árbitros de la vida social y harían de modo que el nuevo gobierno compuesto de socialistas (de anarquistas no, porque los anarquistas no quieren ni gobernar ni ser gobernados) o sería forzado a doblegarse a la voluntad de la burguesía o sería pronto dejado a un lado.
No me extiendes más, porque debo partir y no sé cuándo regresaré. Estaremos un tiempo sin vernos. Reflexiona en lo que te he dicho. Espero que a mi regreso encontraré un nuevo compañero.
Salud a todos.

